

Editorial

La situación más difícil que afronta un director de Saga, sin lugar a duda, es transformar una página en blanco en una suerte de baúl inmaterial. Esta especie de arca debe contener gritos de arenga sobre directores pasados y otros miembros ilustres; disfrazar un lugar común de la revista como un laberinto exótico y entregar su bitácora de exploración escrita durante el semestre; presentar una coreografía de reverencias a quienes financian nuestro proyecto; reiterar el refrán infaltable “agradecemos al comité editorial, que son quienes hacen posible esta revista” (cf. Editoriales Saga 1-34); tener captivo el espíritu inmutable de la revista, pero vestirlo con la pinta de la época; entre otros. Por ello, definitivamente, la tarea más difícil que tiene un director de Saga es escribir la editorial de un número de la revista.

Yo considero no tener la destreza para capturar todos los aspectos mencionados en el párrafo anterior con respecto a Saga; y, por tanto, lo que les ofrezco en esta ocasión es una historia sobre el cambio; ciertamente, esta será un recuento de quienes hemos decidido participar en este proyecto, especialmente porque nosotros cambiamos mientras la esencia de Saga permanece. Lo primero que Saga nos quita es el miedo a trabajar alrededor de un filósofo desconocido, pues no es usual corregir un artículo del que se conozcan todos los textos que el autor decide emplear. Esta pérdida muta, rápidamente, en una nueva capacidad: reconocer puntos centrales y estructuras argumentativas sobre temas que no conocemos. Rescato este aspecto porque es distinto del trabajo que llevamos a cabo en los seminarios –el otro espacio en el que leemos los textos de nuestros colegas–; ya que, en una ponencia de un seminario, el corrector espera determinar si el trabajo es fiel al texto que propone reconstruir. Mas, en este espacio, nuestro objetivo central no es evaluar si el texto trae fielmente a los autores que menciona, más bien, nos interesa entender la idea que un anónimo –que puede encarnar a cualquiera de nuestros compañeros– nos quiere proponer.

De este último punto, considero que emerge el segundo cambio que Saga genera en quienes participan en este proyecto: lograr valorar a nuestros compañeros como filósofos. En cierto sentido creo que, cuando se corrige un texto enviado a la revista, somos capaces de olvidarnos de que el autor es un estudiante –con toda la carga supuestamente peyorativa que ello conlleva– y pensamos que estamos leyendo a un filósofo. El segundo

cambio es, entonces, desmitificar ese título de “filósofo” del que solo parece digno Sócrates, mientras entendemos que, a quienes leemos, son filósofos, precisamente, por hacer filosofía y no por lo que puedan pesar sus títulos en la balanza de la academia ni lo que pueda medir su CvLac en la escala de la calidad universitaria.

Al ser director, la transformación que provoca Saga toma otro rumbo. A la pregunta ¿qué hace un director de Saga? La respuesta que considero más acertada sería que no hace filosofía –a diferencia del comité editorial– sino política. Con el pasar de los meses, se incorporan a nuestra memoria contenidos que no parecen tener nada que ver con el quehacer filosófico; nuestra tarea es hablar de avales, movimiento en redes, justificaciones para el proyecto, machotes, PGP, estrategias de corrección, estrategias de publicidad y estrategias para poder tomar vino en el próximo lanzamiento. Nuestra labor es teletransportarnos para poder asistir a una cita con el editor, una con el Director del Departamento, una con el diagramador, otra con el representante estudiantil y –si hay recorte de presupuesto– con el psiquiatra.

Lo que es cierto de la imagen anterior –que es más de todero que de director editorial– es que los directores aprendemos algo único: a persuadir a personas con cargos y personalidades completamente distintas de que Saga es algo más que una revista impresa y que por eso vale la pena que nos apoyen semestre tras semestre. Lo que aprendemos es a creer en algo intangible y a luchar por eso, sin esperar nada a cambio.

Es fundamental quitar el tono de mártir del último comentario. Que no esperemos nada a cambio no significa que no hayamos recibido algo. Precisamente, ese cambio, que describí en las líneas pasadas, es el mejor regalo que pude recibir a lo largo de mi carrera. Después de dos años de crecer siendo director de la revista –y después de esta extraña editorial de despedida– sería un sinsentido esperar un agradecimiento en una futura editorial del tipo: “agradecemos a quienes trabajan y trabajaron en este proyecto”. Creo que nosotros no merecemos un agradecimiento, sino que tenemos que agradecer a esa suerte de espíritu intangible que es Saga por darnos el placer de habernos cambiado.

Julián Arango